

«Al llegar a la oficina [Javicrito] da los buenos días, guarda el bocadillo en el cajón de la mesa y se sienta; abre sus libros de contabilidad y se pone a pasar asientos; cuando se equivoca pide prestada una goma de borrar, siempre pierde las suyas. Si no se la dejan en aquel momento, raspa con una hoja de afeitar». Bien: en los libros de contabilidad no está permitido borrar; en todo caso no con goma o cuchilla... Este reparo es, desde luego, y con toda seguridad, una menudencia. Sólo denuncia una levísima falta de rigor.) En suma, por sobre este último y casi gratuito reparo, del que el autor de estas líneas, si lo apuran, casi se avergüenza, y de aquel otro reparo, ya aludido, más sustancial, *La invasión* es un libro bien hecho, de propósito noble y construcción capaz, y su autor, José Antonio Mases, un nombre a incorporar en un buen lugar de la joven narrativa española.—FÉLIX GRANDE.

CARMELO SÁENZ DE SANTA MARÍA: *El licenciado don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala (1499-1563)*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1964.

En el cuarto centenario de la muerte de este insigne y desconocido eclesiástico, el P. Carmelo Sáenz de Santa María, de la Compañía de Jesús, nos ofrece una biografía completa y seriamente estudiada de quien fué el primer obispo de la Diócesis de Guatemala.

Más importante todavía que la misma biografía en sí es la tendencia que representa. La historia de América no se reduce a unos cuantos hechos espectaculares de la conquista o de la independencia. Es la labor de tantos eclesiásticos y funcionarios (peninsulares, indios, criollos y mestizos), poco brillante y nada ruidosa, la que en su conjunto forjó las nacionalidades y preparó a los pueblos para la madurez e independencia. Los hechos de armas, aun a tan larga distancia de tiempo, todavía suscitan pasiones o, por lo menos, simpatías y antipatías. Raro será el que no pueda censurarse por algún exceso de violencia. La hazaña del guerrero puede fácilmente impugnarse por algún lado, y aunque la violencia sea tan común a todas las empresas humanas de conquista y avasallamiento, no se puede negar que contrastada con las normas rígidas del derecho, la acción del conquistador es casi imposible que carezca de máculas.

En cambio, de estos héroes pacíficos de la civilización, como lo fué el obispo Marroquín, nada puede decirse en contra. Para destruir

la ridícula leyenda negra hay el camino de demostrar que si hubo dureza en la conquista no fué singular y extraordinaria, ni la conquista se distinguió por ser dura y cruel, sino más humana que cualquiera otra colonización con la que pueda comparársela. Hay también este otro, bien sencillo y eficaz por cierto, de multiplicar las monografías sobre hechos y personajes concretos que, frecuentemente repetidos, nos dan por inducción una idea de cómo era el tipo común y corriente de los españoles que ejercieron su influjo en América.

Aunque no se sabe con certeza, parece probable que Marroquín naciese hacia 1499, en el valle santanderino del Pas, y de una familia hidalga. Con él se confirma la tesis, dilecta al marqués de Lozoya, de que la historia de España ha sido forjada en su mayor parte por hidalgos pobres; entendiendo aquí la pobreza en oposición al poderío y sin excluir alguna modesta hacienda. Era, además, licenciado: hombre de letras. Pasó a Méjico con fray Juan de Zumárraga, y entiendo Sáenz de Santa María que pudo haber tenido previamente alguna entrevista con el emperador que se trasluce en cierto calor familiar que se nota en sus cartas a Carlos I. De Méjico pasó a Guatemala como predicador y protector de los indios, y después de alguna vacilación, de la que, se arrepintió luego, se declaró enemigo de la esclavitud de los naturales: «Alcanzo y sé no haber esclavo uno ni ninguno; y si dicen que lo hay es contra Dios y contra su ley divina y humana». Desde entonces, y para siempre, fué decidido impugnador de la esclavitud legal de los indios, «unque a veces opinara---dice el autor que comentamos--- que con los poseedores de buena fe cabía cierta comprensión y tolerancia con tal que se prohibiese definitivamente el tráfico». Se nos representa, pues, equidistante de la condescendencia injusta y de la áspera intolerancia de fray Bartolomé de las Casas.

El nombre de Las Casas y la cuestión de la esclavitud nos llevan de la mano para referirnos a uno de los aspectos más curiosos de la vida de Marroquín, como son sus relaciones con el famoso obispo de Chiapas, que Sáenz de Santa María trata con la objetividad de un buen historiador.

Marroquín fué coetáneo de Las Casas, ambos obispos y sus diócesis vecinas. Supone Sáenz de Santa María que su primer encuentro hubo de ser cordial y hacia 1538. En 1539, Marroquín llama a Las Casas «santo varón» en una grave carta al Cabildo de Guatemala, en que reprende escándalos y alborotos contra el mismo Marroquín por su celo en la protección de los indios. Pero en 1545, la ruptura entre ambos obispos se hace patente y ambos se quejan ante el emperador de la conducta de su colega.

No comprendemos bien ahora lo que significaban los reyes de Es-

paña para la Iglesia en la época imperial. El espectáculo de dos obispos acusándose mutuamente ante el emperador nos resulta extraño. Pero hay que tener en cuenta que, como dice el P. Leturia, citado por Parra-Pérez («El régimen español en Venezuela», p. 203), los reyes de España, por el real patronazgo, se consideraban investidos de una especie de *vicariato laico* o de «una especie de delegación permanente de la Santa Sede en el Nuevo Orbe». Eran en realidad ungidos de Dios y como el rey temporal que describe San Ignacio en los Ejercicios: humano, elegido de mano de Dios y a quien reverencian los príncipes y todos los cristianos.

El caso es que el obispo de Chiapas y el de Guatemala acudieron al emperador, por escrito, cada uno acusando al otro. Pero ¡qué diferencia de tono y de razonamientos! Desgraciadamente, para los panegiristas de Las Casas, cuanto más se leen sus escritos, más se convence uno de que el cerebro que los elaboró no funcionaba bien del todo. En su carta—agria y destemplada--hace a Marroquín de sospechoso linaje, lo cual en aquellos tiempos era gravísima injuria. De dañosa doctrina y laxa conciencia; de poco saber y, en suma, «de los más nocivos hombres que acá hay y que más daño hacen a las ánimas». Después de transcribir el párrafo se pregunta el P. Carmelo Sáenz de Santa María si estaba en su sano juicio el que así destroza la fama y la honra de su colega en el episcopado.

La carta de Marroquín al emperador, a mí tampoco me parece un modelo de mansedumbre y de templanza, pero, desde luego, se muestra en ella mucho más equilibrado que Las Casas. Marroquín señala el punto flaco de su adversario, fray Bartolomé, a saber: la imaginación desbordada y la oscuridad mental: «yo sé que él ha de escribir invinçiones e imaginaciones que ni él las entiende ni entenderá». Un poco más duro es lo que a continuación añade de que «todo su edificio y fundamento va fabricado sobre hiprocresia (*sic*), avaricia, y así la mostró luego que le fué dada la mitra; rebocó la vanagloria como si nunca hubiese sido fraile...», etc. En esto no le darán la razón a Marroquín la mayor parte de los historiadores que reconocen la sinceridad y rectitud de Las Casas, aunque su virtud fuese acerba, desequilibrada y poco simpática. Pero es difícil defenderse de un ataque violento como el del autor de la *Destrucción* sin excederse un poco ni devolver agravio por agravio.

Pero pasado este primer momento, en que la defensa propia le hace perder un poco los estribos, tenemos una hermosa prueba de su magnanimidad en la carta dirigida a Las Casas años después (3 de febrero de 1550), pues es cordial y amistosa, sin sombra de resentimiento. En cambio, el de Chiapas no parece que depusiese sus ren-

cores, como lo demuestra Sáenz de Santa María (nota 85, p. 64), citando un escrito de Las Casas en que previene contra Marroquín al Consejo de Indias.

Esto es solamente un episodio, aunque de los más interesantes, de la vida del licenciado Marroquín. En conjunto, leído el libro, se nos aparece su figura como la de un obispo ejemplar, celoso y cumplidor de su deber, con miras sobrenaturales. En su epistolario—que se reproduce íntegro, con muchas cartas inéditas y ocupa más de la mitad del libro—se nos descubre Marroquín tal cual fué como obispo y como hombre. La mayor parte van dirigidas al emperador. Las cartas que endereza a la sacra, cesárea y católica majestad rebosan de confianza y respeto, pero sin adulación ninguna. Le habla del testamento de Alvarado y de las deudas que dejó, y que lo más y lo mejor se dió a sus hijos, por los servicios hechos al rey por su padre «y por ser muchachos». Le propone la forma en que se pueden pagar pronto sus deudas para bien del alma del mismo Alvarado y satisfacción de sus acreedores. El nuevo asiento de la ciudad que se traslada a media legua de distancia de su antiguo sitio, donde esté más resguardada de las tempestades. El nombramiento de nuevo gobernador, con los nombres de los que parecen más idóneos. De todo se da cuenta minuciosa al emperador, cuya decisión se espera en lo grande y lo pequeño

«Lo que suplico es brevedad», dice el obispo de Guatemala, un poco desesperado de la lentitud administrativa. Pide al César que envíe una cédula en que se prohíba que nadie contrate con los indios, ni su propio encomendero, «porque demás de ser muy engañados y agraviados, hácese muchos robos». Cuando los naturales necesiten comprar o vender, que sea ante el protector suyo y la justicia, porque de ellos hay que cuidar como de niños.

Estas cartas son un maravilloso documento para conocer las relaciones entre la Iglesia y los reyes de España. El sumo respeto con que están escritas no impide al buen obispo decir al rey lo que conviene para «el descargo de v. real conciencia» (carta a Felipe II, 3 de diciembre de 1559, en que por dos veces se repite la frase). El hombre de carne y hueso Francisco Marroquín aparece también a veces, sobre todo en sus últimas cartas, en que se ve al «luchador fatigado», como dice el P. Carmelo Sáenz, disgustado por malicias y negligencias, preocupado por sus parientes hidalgos y pobres; y se declara él mismo «viejo, cansado y enfermo» (por dos veces y con estas mismas palabras) y pide la protección del rey para su familia. Pero la impresión general es que todas sus cartas están escritas «sin pasión y con verdad», como dice Marroquín en su postrera carta a Felipe II (12 de febrero de 1563). Es muy importante lo que observa Sáenz de Santa María de que no se

tomaban generalmente resoluciones en Castilla sin tener muy en cuenta el dictamen de Marroquín, y que de las censuras contra él no se hizo generalmente ningún caso.

Literariamente, las cartas de Marroquín no son ningún modelo, sino pesadas de leer y con poca gracia en el estilo. El esfuerzo que cuesta leerlas se compensa bien con su valor histórico y documental extraordinario.

La obra del P. Carmelo Sácnz de Santa María, S. J., se nos representa de gran utilidad para conocer la Hispanidad verdadera, sin leyendas negras o doradas; con sus luces y sus sombras, en la realidad rediviva que debe buscar apasionadamente todo historiador. Ojalá que estas biografías de personajes hispánicos, tan concienzudamente elaboradas, se multipliquen y derramen luz, como la vida y los escritos de Marroquín esclarecen los orígenes de Guatemala.—JAIME DE ECHANOVE GUZMÁN.